

## «DOQUIERA QUE ESTAMOS LLORAMOS POR ESPAÑA» (*QUIJOTE* II. 54)

ALICIA VILLAR LECUMBERRI  
Universidad Autónoma de Madrid

### **D. José María Casasayas, fundador de la Asociación de Cervantistas**

A modo de introducción quisiera dedicar unas palabras de recuerdo y admiración a la memoria de don José María Casasayas, fundador y *alma mater* de la Asociación de Cervantistas. Es obvio que nos hemos reunido aquí para dedicarle nuestro más sincero homenaje y queremos demostrarle que su gran mérito ha sido acortar distancias entre el Cielo y la tierra. Y es que ahora, más que nunca, aún siendo evidente que nuestro querido presidente no ha podido fundirse en un abrazo con cuantos le ofrecemos este homenaje, con todo, su presencia es más trascendente que nunca. Gracias a él sentimos que tenemos una misión: llevar el mensaje de Cervantes allá donde vayamos. Si al señor Casasayas le hubiera gustado estar aquí, hubiera sido precisamente por disfrutar una vez más de la compañía de sus amigos de Argamasilla de Alba. No olvidemos que la vinculación de José María Casasayas con Argamasilla era especialmente entrañable y que él quería mucho a este pueblo y se sentía muy a gusto en él. Para nuestro homenajeado, fue Argamasilla de Alba un lugar de llegada, no de partida, puesto que él se sintió atraído por el cariño y la hospitalidad de sus habitantes, y aquí llegaba para escuchar el eco de sus ilusiones cervantistas. Siempre se sintió querido en este bendito pueblo, pues el encanto de Argamasilla no son simplemente sus calles, sino sus gentes. A su llegada le esperaba con los brazos abiertos Pedro Padilla —Director de la Casa de Cultura y coordinador

de este Coloquio, a quien queremos agradecer todos sus desvelos, pues sin su esfuerzo personal este encuentro no hubiera sido posible—; le esperaba también su alcalde, don José Díaz Pintado, una persona siempre solícita y amable, que se ha volcado en la gestión de este Coloquio, y en definitiva, la Casa Medrano en pleno abrió sus puertas para acogerle en su paso por Argamasilla.

Por nuestra parte, los miembros de la Asociación de Cervantistas queremos expresar nuestro más profundo agradecimiento a todas las personas de Argamasilla de Alba, y muy especialmente a las dos personas mencionadas, porque nos han permitido celebrar este Coloquio en memoria de don José María Casasayas en el entorno que justamente a él le hubiera motivado. Aquí hemos venido con la ilusión de decirle que allí donde esté, que sepa que seguimos pensando en él y que su pérdida no ha conllevado olvido, sino ganas de trabajar por su memoria. Mucho nos enseñó en vida este hombre, pero sin duda, el mayor ejemplo de vida que nos ha dado es que bien merece una vida al servicio de una causa. José María Casasayas centró su quehacer intelectual en el cervantismo y su obra póstuma, su *Don Quixot*, da buena cuenta de ello. En los tiempos que corren no hay quien dedique toda una vida a una obra reflexionada y trabajada. A los investigadores, y en especial a los filólogos, nos urge ver en letras de imprenta nuestro nombre en un libro al que quizás no hemos dedicado todo el tiempo que merecía. Y es que la tiranía profesional conduce a actos de este tipo: hay que publicar, al peso, si se quieren escalar puestos en el escalafón. Por suerte, nuestro querido don José María Casasayas no tenía que justificar nada en los círculos académicos y prescindió de las prisas a la hora de traducir y anotar la inmortal obra de Cervantes. Su único reto fue que *Don Quixot* viera la luz en su lengua materna para así rescatar del olvido tantos momentos agradables que él vivió al amparo de esta obra. Gracias a que don José María Casasayas se ilusionó con este trabajo, fue capaz de dedicar todo su esfuerzo a su ideal, si bien harto complicado, que don Quijote tuviera voz propia en su querida Mallorca, y de ahí que trabajara con ahínco. Casasayas supo encontrar el pulso a esta obra y, en ella, nada es fruto de la improvisación, prueba de ello son las sucesivas revisiones que él mismo fue haciendo a su *Don Quixot* conforme transcurría el tiempo. El destino quiso arrebatarnos al autor de esta obra, pero el *Don Quixot* de Casasayas no se quedó huérfano, ya que su hijo Lluís lo adoptó y se encargó de su cuidado hasta que esta obra ha gozado de vida propia. De ahí que, en Argamasilla de Alba, tengamos estos tres tomos, muestra de un quehacer filológico con el que soñarían no pocos filólogos. La envergadura de una obra de estas características quedará patente por sí misma; por mi parte, les animo a que abran sus páginas y estén preparados para un viaje al humanismo. Y es que Casasayas no se limita a apuntar pequeños detalles o a glosar puntualmente el texto, sino que con esta edición el lector tendrá acceso a un saber enciclopédico atesorado a lo largo

de toda una vida. Con todo, del valor intrínseco de esta obra otras voces más autorizadas que yo han dado ya cuenta de ello, baste con señalar la pionera: la de la Dra. Luisa Cotoner, en el Congreso que la Universidad Autónoma de Barcelona dedicó a Cervantes, los días 7 y 8 de abril.

### **2000-2005, el lustro de oro de la Asociación**

Sirvan estas palabras como mi reconocimiento a una personalidad única que supo mantener vivo el espíritu de Cervantes entre los socios de una Asociación que él fundó en 1988. En este Coloquio, el Dr. don José Carlos de Torres ha dejado constancia de la trayectoria de la Asociación de Cervantistas. Personalmente quiero agradecer a Pepe Torres su sentido y valiosísimo testimonio, ya que es el socio fundador número dos de nuestra asociación. Y a sus palabras quiero sumar las mías dado que yo fui el último miembro activo que incorporó don José María Casasayas en la Asociación. Fue en el año 2000, cuando nos citamos en Lepanto. El compromiso acordado conllevaba contribuir al éxito del IV Congreso de Cervantistas, que la Asociación iba a celebrar en aquella localidad griega en el marco de un monasterio ortodoxo. Personalmente me vi envuelta en los entresijos de la organización pues los dioses del Olimpo me habían otorgado el don de desvelarme el misterio de su lengua, y al mismo tiempo, mi carta de presentación ante los cervantistas fue la comunicación que presenté en aquel congreso, que versaba sobre «La presencia de Cervantes en los manuales griegos». A partir de aquel momento contraí un compromiso vital con la AC, impresionada como me quedé de la capacidad de convocatoria y del buen hacer del señor Casasayas. Les confieso que al volver la vista atrás, siento que, a no ser Casasayas, nadie hubiera osado emprender semejante aventura y nadie puede negar el éxito rotundo de aquel bendito —nunca mejor dicho— congreso. Nuestro presidente soñó con un encuentro inolvidable en aquellos parajes griegos, y así resultó. Los más renombrados cervantistas arribaron a tierras helenas, proclamando los méritos del manco de Lepanto. Y aun a sabiendas de que se me tachará de helenista empedernida, si no hubiera sido por las andanzas de Cervantes en Grecia, ¿habría existido el *Quijote*? Grecia exige mucho, pero siempre te da más de lo que le has ofrecido. Y en el caso que nos ocupa, en el de Cervantes, nuestro soldado oyó la llamada de Lepanto, y tras la tempestad, vino el *Quijote*. Y es evidente que la compensación de aquella batalla, a brazo inmovilizado, fue incalculable. Pues bien, Casasayas estaba sensibilizado ante esta realidad y sabía que un congreso en Lepanto no sería un congreso más. Si Cervantes había perdido la movilidad de su brazo izquierdo en aquellas aguas mediterráneas, había que llevar a aquella tierra la estatua de Cervantes con la pluma en alto. Y Casasayas no solo tuvo la genial idea, sino que logró llevarla a

la práctica y erigió en el puerto de Lepanto una estatua del escritor que dio a luz la obra que le sirvió de faro de vida al propio Casasayas.

Al congreso de Lepanto le siguió el X Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas, *Cervantes en Italia*, celebrado en la Academia de España en Roma, del 27 al 29 de septiembre de 2001. Tan solo un año había transcurrido tras el congreso de Lepanto y al ocuparme de la edición de las *Actas* del Coloquio, en la presentación de las mismas apuntaba yo [Villar, 2001]: «Tras la cita griega, Roma constituía una auténtica tentación. Pero ¿cómo hacer realidad esa idea en tan breve espacio de tiempo? Fue entonces cuando una voz misteriosa aclamó en la Asociación: “Hombres de poca fe, ¿no sigue siendo Casasayas vuestro presidente?”». Todavía recuerdo la sonrisa agradecida y emocionada del señor Casasayas cuando leyó esta acotación.

Tras la cita romana nos esperaba Lisboa y cumpliendo la tradición de la Asociación de Cervantistas, de celebrar un congreso cada tres años, nuestro presidente nos convocó en la ciudad lusa bajo el lema: «Peregrinamente peregrinos», para celebrar el V Congreso de la AC, en septiembre del 2003. La sede del congreso fue la Fundação Calouste Gulbenkian y la participación en el mismo fue multitudinaria. También en esta ocasión, arrastrada por la ilusión del señor Casasayas de publicar en el menor tiempo posible las *Actas*, me impliqué directamente en aquella empresa. Baste con recordar las palabras que esta vez escribí en la presentación de las *Actas* [Villar, 2004, XI]: «Aquí os entrego los ciento un trabajos que me han ocupado unos cuantos cientos de horas más, para así dar por concluido el V Congreso de la Asociación de Cervantistas. Que *Persileéis* y *Sigismundeéis* a discreción. Cualquier camino os llevará... a LISBOA». Con todo, si hay algo que quiero traer a colación de aquellas *Actas* son las palabras que nuestro querido presidente dedicó a dos queridos miembros de la AC, recientemente fallecidos: D. Alberto Sánchez y D. Alberto Porqueras. Decía él [Villar, 2004, V]:

Es ley de vida, ya se sabe, pero por mucho que lo pensamos y por más veces que lo experimentamos en cabezas ajenas, nunca damos fin a nuestro desconsuelo... Hago un voto para que desde la dimensión eterna, donde indudablemente sus espíritus ahora se hallan (¿adónde, si no, podemos llegar a parar los cervantistas?) y donde la luz se hace sobre todas las cosas, nos animen a seguir luchando para ver de alcanzar las verdades cervantinoquijotescas, que tan intrigados nos tienen a todos.

Lo que no podíamos imaginar entonces era que estas palabras iban a adquirir el tono de epitafio para el autor de las mismas. Y es que el congreso de Lisboa fue el último en el que estuvo presente nuestro querido presidente. Con todo,

siguió trabajando todo un año en la planificación de congresos y coloquios en los que sigue implicada su memoria. Su mayor ilusión, por ser el primero, era el Congreso de Seúl, para el que logró conseguir hasta la subvención correspondiente del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, pero no la pudo disfrutar. Jamás podré aceptar que el viaje a Seúl se truncara para un hombre que había dado su vida por el cervantismo y cuya recompensa debía haberle sido otorgada justamente en el IV Centenario de la publicación del *Quijote*. Recuerdo la ilusión con la que comentamos la ponencia que yo presentaría en el congreso de Seúl, titulada: «Doquiera que estamos lloramos por España» (el *Quijote* II.54). Le resumí su contenido y me animó a desarrollarla. Lo que yo no podía imaginar es que el señor Casasayas no iba a llegar a embarcar en el vuelo de Seúl. Yo tampoco pude hacerlo, pero lo que sí tenía claro es que yo le debía esta ponencia y aquí vengo a presentársela a ustedes con el consuelo de que él fue el único que tuvo noticia de estos devaneos mentales.

#### «Doquiera que estamos...»

Centrándome en el tema que nos ocupa abramos mentalmente el capítulo LIV de la segunda parte del *Quijote*, el capítulo central de los tres en los que Sancho adquiere el máximo protagonismo en toda la obra. Así pues, el capítulo LIV supone el clímax del planteamiento diseñado en el capítulo anterior, el LIII y el posterior, el LV. Se trata del momento en el que asistimos al fin del gobierno de Sancho Panza hasta su rescate de la sima, pasando por el encuentro con Ricote. Hutchinson [2004: 1374] subraya que es aquí donde Sancho muestra su verdadera grandeza y dignidad frente a los burladores de la ínsula, su humanidad al lado de Ricote desde su inextinguible risa hasta las lágrimas que cuenta que vertió al ver salir la familia de Ricote al destierro, y su cómico-seria mortalidad en las entrañas de la tierra. El caso es que Cide Hamete se empeña en seguir a Sancho a lo largo de tres de los capítulos más brillantes, más profundos y más cargados de emoción de todo el *Quijote*. Pues bien, es Ricote, el vecino de Sancho Panza, un morisco que al regresar del exilio, con el fin de recoger sus pertenencias, entabla conversación con su añorado amigo. Ricote echa de menos España y en su discurso profiere las palabras anteriormente citadas: «Doquiera que estamos lloramos por España», y lo hace justamente dirigiéndose a Sancho que ha dejado de ser gobernador de la ínsula. No deja de sorprender que Cervantes haya puesto en boca de un morisco tal afirmación, ya que, en principio, creemos que se trata de una generosa concesión dialéctica en boca de un expulsado.

En este pasaje Cervantes nos plantea el tema de la expulsión de los moriscos, uno de los acontecimientos sociales e históricos que tuvieron mayor trascendencia para toda España en los siglos XVI y XVII. Es uno de los temas claves de

la segunda parte que se enmarca en la línea de la historia del cautivo o la victoria de Lepanto, incluidos en la primera parte del *Quijote*. Ricote y Sancho se consuelan mutuamente, dado que los dos comparten el sentimiento de la privación. Señalaremos que desde 1586 [Vidal, 1999: 116] se había producido en España una corriente de creciente rechazo hacia los moriscos que encontró su reflejo en las acciones de los procuradores en Cortes, hecho que quedó reflejado en una referencia expresa al temor que provocaba el incremento del número de moriscos en la provincia de Granada y se solicitaba que se procediera a su dispersión por diversas provincias privándoles del ejercicio de cargos en la administración de justicia y municipal. La situación se vio encrespada por la acción de un sector del clero que se negó a dejar que los moriscos participaran en la comunión. Así se fomentaron la discriminación, el odio, el resentimiento y la envidia hasta que en 1608 Felipe III firmó la orden de la expulsión de los moriscos del reino de Valencia en la que especificaba que «podían llevar lo que pudieren sobre sus personas, y lo demás que dejaren de heredades, ganados y otros bienes quedaban aplicados a los señores de los lugares en recompensa del daño que se les sigue». El drama humano que desencadenó esta orden fue enorme dado que los moriscos —no olvidemos que eran españoles como sus expulsadores— no solo perdieron todas sus posesiones, sino que al llegar a Berbería en muchos casos fueron robados y maltratados por los moros. A este decreto le siguió otro nuevo, en 1610, en el que Felipe III decretó la expulsión de los moriscos de las dos Castillas, Extremadura y La Mancha. Y a estos les sucedieron otros decretos, hasta 1613. La consecuencia más directa fue un craso descenso de la demografía y una crisis económica, dado que la mayor parte de los moriscos se dedicaba a la agricultura.

La descripción del drama humano de los moriscos que encontramos en el *Quijote* responde a la realidad de aquellos moriscos que, como Ricote, decidieron esconder su dinero con la esperanza de volver a recuperarlo. Mucho padecieron, como la Ricota y Ana Félix, el maltrato de sus correligionarios del norte de África y otros tantos, lacerados por el dolor del exilio se arriesgaron a volver aun a riesgo de jugarse la vida. Respecto a la realidad de los nombres que utiliza Cervantes, el nombre de Ricote responde, por una parte a un valle, en Murcia, que estuvo poblado de moriscos, y por otra a los Ricotes de Esquivias, localidad toledana, patria de Catalina de Esquivias, con quien contrajo matrimonio Cervantes. Se sabe que en la década de los 70, llegaron a Esquivias, procedentes de Granada, un total de doce familias, de las cuales la más rica era la de los Ricote, formada por Diego Ricote el Viejo con su mujer y su hijo Diego Ricote el Mozo, y Bernardino Ricote con su esposa Isabel Mejía. Los Ricote vivieron tranquilamente en la localidad hasta 1610, fecha en la que fueron expulsados. La veracidad de estos datos queda confirmada en los documentos conservados en

Esquivias, y así, en la Casa Cervantes de Esquivias está expuesta la partida de defunción de Diego Ricote, el mozo, el morisco al que hace alusión Cervantes en el *Quijote* [Blázquez, 1987: 164].

### Los oficios de los moriscos y el oficio de traductor

Una vez expuesto el tema de la expulsión de los moriscos, volvamos a las palabras de Ricote: «Doquiera que estamos lloramos por España». Así se lamenta Ricote el morisco, el tendero del lugar. Y en esto es precisamente en lo que quiero profundizar. Antes de ser expulsados ¿a qué se dedicaban los moriscos?, ¿cuál era su posición social?, ¿tiene esto alguna relevancia más allá de la meramente económico-social? Sabido es que entre las profesiones más frecuentes de los moriscos estaba la de tendero, aunque también había muchos sirvientes y no pocos modestos labradores [Rico, 1998: 1069]. Otros eran venteros y gozaban de mala reputación, justamente como queda de manifiesto en el capítulo XXXIII de la primera parte del *Quijote*, cuando el ventero apunta: «Que, aunque ventero, todavía soy cristiano». Pues bien, justamente este es el colectivo al que pertenece Ricote. Con todo, Cervantes pone en boca de Ricote una sentencia que va más allá de la expresión del mero desarraigo emocional que sufren los moriscos. Creemos que no sería posible que una clase social humilde, como la representada por Ricote, pronunciara este tipo de sentencias, dado el alcance social, político y cultural de las mismas. De ahí que veamos tras estas palabras el respaldo del quehacer de otro grupo de moriscos, dedicados a otro tipo de oficios, como el de traductor. Y es aquí cuando topamos con la figura del traductor morisco que traduce la obra escrita por Cide Hamete Benengeli, el autor arábigo y manchego (*Quijote* II, XXII). El narrador que toma la palabra en primera persona para contar su aventura personal con relación a la historia contada y a la que se va a contar, en el capítulo IX de la primera parte del *Quijote*, nos da la siguiente noticia:

Estando yo un día en el Alcaná de Toledo, llegó un muchacho a vender unos cartapacios y papeles viejos a un sedero; y como yo soy aficionado a leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinación tomé un cartapacio de los que el muchacho vendía y vile con caracteres que conocí ser arábigos. Y puesto que aunque los conocía no los sabía leer, anduve mirando si parecía por allí algún *morisco aljamiado* que los leyese, y no fue muy dificultoso hallar *intérprete* semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y más antigua lengua le hallara. (*Quijote*, II, IX)

Y más adelante, continúa:

compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real; que si él tuviera discreción y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar más de seis reales de la compra. Apartéme luego con el *morisco* por el claustro de la iglesia mayor, y *roguéle me volviere* aquellos cartapacios, todos los que trataban de don Quijote, *en lengua castellana*, sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de *traducirlos* bien y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo, por facilitar más el negocio y por no dejar de la mano tan buen hallazgo, le truje a mi casa, donde en poco más de mes y medio la *tradujo* toda, del mismo modo que aquí se refiere.

Pues bien, ante la búsqueda de un intérprete que sea capaz de volver en lengua castellana lo que en aquellos pliegos ponía, aparece un morisco capaz de traducirlos. Cervantes plantea aquí un diálogo entre la necesidad de interpretar un texto escrito en árabe, portador de un mensaje que se quiere dar a conocer, y una sociedad capaz de asumir ese reto, dado que existen los moriscos, esa clase social que va a servir de puente entre la cultura arábiga y la española. Aquí el oficio del traductor está muy bien definido: es el que interpreta y traslada el mensaje entre dos culturas que conviven en un mismo territorio, pero que son portadoras de dos realidades diferentes, codificadas en sus respectivas lenguas. Y es así como podemos dotar de un sentido más trascendente que el meramente religioso o social a la expresión: «Doquiera que estamos lloramos por España». Cervantes otorga al morisco Ricote el privilegio de hacerse eco del sentir de todo su pueblo, tan lacerado en el siglo XVII en España. Con este gesto, Cervantes da voz a los acallados y parece dar a entender que no se trata de un hecho aislado, sino que indirectamente deja entrever el despiadado trato que sufrió el pueblo judío, que desembocó en su expulsión, en el siglo XV. Por otra parte, el tema de la denuncia de los infieles es un tema recurrente en Cervantes. No hay más que pensar en el comienzo de *El amante liberal*, novela ejemplar que arranca con el lamento de un cautivo cristiano al ver derribadas las murallas de Nicosia, la capital de Chipre que fue conquistada por los turcos en septiembre de 1571. Rescatemos uno de sus pasajes más emblemáticos:

Bien tendrás que llorar—replicó el turco—, si en esas contemplaciones entras, porque los que vieron habrá dos años esta nombrada y rica isla de Chipre en su tranquilidad y sosiego, gozando sus moradores en ella de todo aquello que la felicidad humana pueda conceder a los hombres, y ahora



los ve o contempla, o desterrados della o en ella cautivos y miserables, ¿cómo podrá dejar de no dolerse de su calamidad y desventura?

### Exilio y literatura

Pues bien, volviendo al *Quijote*, es evidente que las palabras de Ricote: «Doquiera que estamos lloramos por España» son fruto de la desolación que siente un exiliado español. El tema de los desterrados ha tenido un tratamiento específico, a lo largo de los siglos, en la literatura. Es un tema unido al devenir político y social de los pueblos. La literatura española está llena de testimonios de exiliados que sufrieron el exilio. El caso de Cervantes no escapa a esta realidad y prueba de ello contamos con la voz de Ricote. Ahora bien, ¿se trata de la expresión de un sentimiento puntual, que no tuvo eco en el resto de la literatura occidental? ¿o por el contrario Cervantes dejó una estela literaria? Llegados a este punto, les invito a navegar por el Mediterráneo, siguiendo los pasos del propio Cervantes, hasta llegar al país en el que voy a hacer una escala literaria. Llegamos a Grecia, un país salpicado de islas, que ha tenido luz propia desde la Antigüedad. Centrándonos en la literatura, en Grecia han corrido ríos de tinta a causa del tema del exilio. Hagamos un pequeño recorrido de la mano de los exiliados griegos. Ya Homero, en la *Odisea*, nos presenta a un héroe que hizo del exilio el supremo ejemplo de la voluntad de retorno. El tópico del deseo de Odiseo de ver el humo del hogar natal es archiconocido. El hecho es que no solo un hombre sino todos los seres humanos pueden verse reflejados por vía del mito. El exilio pasa a ser, en este caso, más que una clase de adversidad, una forma de ver el mundo y su relación con la persona. Lo fundamental no es que nos hallemos ante una ficción o un hecho histórico, sino que una suerte de experiencia humana se haya incorporado al devenir de la literatura. Con todo, tengamos en cuenta que el primer libro o tratado en Occidente consagrado al tema del exilio, del que tengamos noticia, fue obra de Aristipo de Cirene, nacido hacia 425 a. C., y muerto en 355 a. C. Aristipo, fundador de la escuela de Cirene, se distinguía por la calidad de su finísima indiferencia frente a todo lo vivido. El historiador Jenofonte, en sus *Memorabilia* introduce una discusión entre Aristipo y Sócrates, su maestro, en la que el discípulo proclama: «Yo no me reduzco a ningún Estado en particular. Soy extranjero en todas partes» (II.11-15). Así pues, Aristipo se declaraba extranjero en todo país, postura que contradecía las enseñanzas socio-políticas de Sócrates, que prefiere la cicuta a la evasión de la prisión y al consiguiente destierro, alejado para siempre de su patria. Por su parte, Máximo de Tiro, maestro de retórica del siglo II d. C., recuerda que Diógenes el cínico a uno que le echó en cara su exilio le dijo: «Pero por ese motivo, desgraciado, vine a filosofar». Y cuando en otra ocasión alguien le

recordó que los de Sinope le condenaron al destierro, él replicó «y yo a ellos a que siguieran en su ciudad». El caso es que la postura de los cínicos ante el exilio era completamente positiva. El rechazo de las instituciones sociales y las convenciones culturales por parte de los cínicos no tenía límites teóricos. El cínico no solo respondía al exilio, al distanciamiento de la circunstancia local, a la liberación de toda atadura: el cínico los exigía. La expulsión, o mejor dicho, la autoexpulsión, parecía ser indivisible de su forma de vida, su libertad, su subversión de costumbres y leyes o de la idea de la patria. Por su parte, la escuela de los estoicos fue la primera en poner de relieve la doctrina de la unidad de los seres humanos y en insistir en que todos eran ciudadanos del mundo. Las raíces de estos conceptos eran, más que políticas, científicas y religiosas. Los estoicos al abordar el tema del exilio cultivaron el tema de la *consolatio* e incluso Cicerón defendió esta postura. En Grecia, Plutarco, en el siglo I d. C., en la *Epistola a Cicerón* responde al constante propósito de refutar, retórica y dialécticamente, a quienes habían deplorado los males del exilio, como por ejemplo Eurípides en sus *Fenicias*. Plutarco reconoce que el exiliado, recluso en una isla, se encontrará sin amigos ni parientes. Pero es motivo de elogio la ausencia de política, el ocio y la libertad de una vida filosófica, tranquila y descansada. La ausencia de agitación política, pues, es positiva. Los males son menores. Y las compensaciones son poco menos que cósmicas.

### **El exilio en la literatura griega y Yorgos Seferis**

Y partiendo de la Grecia antigua, llegamos a la contemporánea. Fue un 29 de febrero de 1900 cuando en una ciudad de Asia Menor, en Esmirna, vio la luz Yorgos Seferis, un niño que nació poeta y que acabaría siendo galardonado con el Premio Nobel de poesía en 1963. Si algo habría que destacar de este escritor es que supo conjugar modernidad y tradición como nadie. Decíamos que Seferis nació en Esmirna, la localidad de Asia Menor que se vio asolada por la catástrofe en 1922. Miles de refugiados griegos llegaron al continente griego en busca de asilo, pero otros muchos se quedaron por el camino, engullidos por las llamas o espetados por el tridente del terrible Poseidón. Nuestro poeta contaba tan solo con 22 años cuando, desde Atenas, lloró la catástrofe de Esmirna. Y lo hizo desde Atenas porque en 1914, con el advenimiento de la guerra mundial, el padre de Seferis, al ver el empeoramiento de la situación de los griegos en Asia Menor, decidió trasladarse con su familia a Atenas. El caso es que aquel adolescente de catorce años se sintió como un extraño fugitivo en una ciudad como Atenas, que si bien lo había acogido, no por ello dejaba de resultarle una ciudad de refugiados. Seferis estudió Derecho en París y entró a trabajar en el servicio diplomático representando a su país. Comenzó su carrera en Atenas,

como Agregado del Ministerio de Asuntos Exteriores (1926) y llegó a ser Embajador de Grecia en Londres (1957-1962). Es entonces cuando abandonó el servicio diplomático y se instaló en Atenas hasta su muerte, en 1971. Seferis tuvo éxito en su vida: su brillante carrera diplomática así como el reconocimiento a toda su trayectoria poética lo corroboran. Sin embargo él siempre fue sensible a la realidad social y política de Grecia, un país que había sido masacrado en Esmirna y que sufrió la ocupación alemana (1941-45), así como la dictadura de Metaxás (1936-41). Y por si fuera poco, a estos años siguieron los años de la guerra civil griega (1947-49) y la dictadura de los coroneles (1967-74). Así que el poeta murió en plena dictadura de los coroneles. Nos dejó su obra: su máximo exponente es la obra poética, pero no es menos plausible su prosa: sus *Ensayos* o su diario, titulado *Días*, son buena muestra de ello. Con todo, hay un verso que ha recorrido el mundo y con el que se ha conocido a Seferis allende los mares. El verso dice así: «Dondequiera que voy, Grecia me hiera». Este es el primer verso de su poema *A la manera de Yorgos Seferis*, escrito en el verano de 1936. Es muy significativo que justo en agosto de 1936, como hemos señalado, se instauró en Grecia la dictadura de Metaxás. En ese momento, Seferis era cónsul de Grecia en Cortsá, en Albania, y siente la necesidad de expresar este sentimiento ante sus compatriotas, que parece que no son conscientes de la realidad que les rodea y a los que quiere advertirles de que, si no despiertan a tiempo, luego será demasiado tarde, ya que el barco de la «Agonía» ha zarpado sin ellos. En este poema el poeta se encuentra en un barco, llamado Áulide, que va a emprender su partida.

Lo realmente significativo es que Áulide era el puerto donde la flota aquea que iba rumbo a Troya quedó retenida sin poder zarpar y no lo hizo hasta que se produjo el sacrificio de Ifigenia. Pues bien, Seferis plantea un paralelismo entre este hecho de la Grecia antigua y la realidad sociopolítica que está atravesando Grecia, en agosto del 36, varada por culpa del régimen totalitario de Metaxás. Y será en 1941 cuando la Grecia de Metaxás será sacrificada por la Ocupación alemana. La tragedia histórica no podía alcanzar mayores cotas. Y Seferis da cuenta de ello. Nos cuenta cómo Grecia sigue su viaje, mientras los cadáveres florecen en el Egeo. He aquí la invocación al desastre de Esmirna, evocado por un poeta desde el exilio. Fueron los turcos los que acabaron con su ciudad natal en el intento de acabar con todo cristiano que se cruzara en su camino. De nuevo un pueblo perseguido por razones religiosas y de nuevo un escritor de máxima relevancia que sabe poner letra a los sentimientos. ¿No recuerda este sentir al propio Cervantes, cuando en boca de Ricote aclamaba: «Doquiera que estamos lloramos por España»? Esta es la reflexión que les planteo. ¿Podemos afirmar que hay un paralelismo evidente entre el sentimiento de Cervantes y Seferis? ¿Se podría rastrear en el verso de Seferis el eco de la novela de Cervantes? Con Cervantes a Seferis y desde Seferis a Cervantes. Cervantes y Seferis: dos

escritores de máxima talla que tuvieron vivencias paralelas y las plasmaron en sus escritos. De la España del siglo XVI y XVII a la Grecia del siglo XX. La Grecia del siglo XX se mira en la España del siglo XVI y XVII. Estas vías de pensamiento se abrieron en mi mente y son las que he querido compartir con todos ustedes que han tenido la gentileza de escucharme. Muchas gracias.

### Bibliografía

- ALVAR EZQUERRA, Alfredo [2004]: *Cervantes. Genio y libertad*, Temas de hoy, Madrid.
- BLÁZQUEZ MIGUEL, Juan y otros [1987]: *Homenaje de Esquivias a Cervantes*, Ayuntamiento de Esquivias, Toledo.
- CANAVAGGIO, Jean [1998]: «Vida y literatura», en *Don Quijote de La Mancha*, Instituto Cervantes, Crítica, Madrid, pp. XLI-LXVI.
- CASASAYAS, J. M. [2005]: *L'enginyós cavaller Don Quixot de la Manxe*, 3 vols., Ciutat de Mallorca.
- CERVANTES, Miguel [1998]: *Don Quijote de La Mancha*, Instituto Cervantes, Crítica, Madrid.
- [2002]: *El amante liberal*, en *Ocho novelas ejemplares*, Debolsillo, Madrid.
- CLOSE, Anthony [1998]: «Cervantes: Pensamiento, personalidad, cultura», en *Don Quijote de La Mancha*, Instituto Cervantes. Crítica, Madrid, pp. LXVII-LXXXVI.
- ΔΗΜΗΡΟΥΛΗΣ, Δημήτρης [1997]: Ο ποιητής ως έθνος. Αισθητική και ιδεολογία στο Γ. Σεφερη, Πλεθρον, Αθήνα.
- GUILLÉN, Claudio [1998]: *Múltiples moradas. Ensayo de Literatura comparada*, Tusquets, Barcelona.
- HUTCHINSON, S. [2004]: «Poética de la emoción: de la risa a la grandeza de Sancho», en *Peregrinamente peregrinos...*, pp. 1373-1384.
- RICO, Francisco [1998]: *Miguel de Cervantes. Don Quijote de La Mancha*, Instituto Cervantes, Crítica, Barcelona.
- ΣΕΦΕΡΗΣ, Γ. [1975]: Ποιήματα, Εκ' Ικαρος, Αθήνα.
- STOOPEN, María [2002]: *Los autores, el texto, los lectores en el «Quijote» de 1605*, UNAM, México.
- VIDAL, César [1999]: *Enciclopedia del Quijote*, Planeta, Barcelona.
- VILLAR LECUMBERRI, Alicia (Ed.) [2001]: *Cervantes en Italia. Décimo Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Academia de España en Roma, 27-29 septiembre 2001, Palma de Mallorca.
- (Ed.) [2004]: *Peregrinamente peregrinos. Quinto Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas*, Lisboa, 1/5 de septiembre de 2003, Asociación de Cervantistas.